

COMENTARIOS BIBLIOGRÁFICOS Y NOTAS

ARTE.

Paris 1966-1967. Jean Leymarie. Hommage a Pablo Picasso. Cat., por M. A. Rojas Mix	136
Der Kubismus de Edward Fry, por R. M.	138
Wörterbuch der Kunst de Johannes Jahn, por R. M.	140
La Necesidad del Arte de Ernst Fischer, por Fernando Moreno Turner	141

LITERATURA.

Hombre Invisible de Ralph Ellison, por Poli Délano	145
La Estructura Narrativa de Tirano Banderas, de Eduardo Godoy Gallardo	147

FILQSOFÍA.

El Mito de la Autenticidad de Humberto Giannini, por José Jara Id., por Antonio Santa Cruz	151
Der Denkweg Martin Heidegger de Otto Püggeler, por Antonio Gómez-Lobo	159

CIENCIAS NATURALES.

Sipnosis de la Flora Chilena de Carlos Muñoz Pizarro, por C. Vi- llagrán y A. Meza	162
El clima del Norte Chico de Hans Schneider, por Orlando Peña Alvarez	165

PORTADA: José Balmes

Impreso en los Talleres de la Editorial Universitaria, S. A., San Francisco 454
Dirigir la correspondencia a: "Anales de la Universidad de Chile",
Alameda 1058, Casilla 10-D, Santiago de Chile

Che Guevara

por

Peter Weiss

Traducción Mónica Bunster

Al saber de su muerte nuestro primer pensamiento fue: ¿Era necesario que muriera precisamente ahora, que se había hecho más indispensable que nunca? ¿Es que no había allá ni ayuda ni socorro? Era un hombre enfermo, sufría de asma y de reumatismo. ¿No habría sido posible brindarle un refugio seguro? ¿Es que no había un lugar para él, desde dónde, este guía de la revolución, hubiese podido trabajar como cabeza planificadora? La pregunta se plantea: ¿Es que se ofreció como víctima? ¿Eligió acaso el fin de un mártir?

No necesitamos santos. Repudiamos toda esa veneración mística que rodea a la víctima con una aureola. La imagen de Cristo, el descendimiento de la cruz, la fe en la resurrección de la carne, todo eso lo rechazamos. Lo que queda es la muerte del Che, la traición de que fue víctima, la emboscada, un cadáver lacerado.

¿Somos nosotros culpables de esta muerte? ¿Somos nosotros los traidores? ¿O es que vivíamos todavía confiados en nuestra cotidiana confusión e indiferencia y desentendidos de aquella revolución tan lejana? ¿Es que habemos evitado tomar partido? y ¿Por qué lo hemos evitado? ¿Acaso, porque el suelo sobre el que cayó estaba tan lejos?

Publicado en Kursbuch. 11, enero de 1968. Frankfurt am Main. República Federal de Alemania.

Si así fuese, entonces tenemos algo que aprender de su sacrificio. El, el más necesario de todos, nos enseña aquello que para él era lo único auténtico, y lo enseña con su propio cadáver. Si a ellos no les afecta otra cosa, entonces yo hago lo que les afecta. No consideraba gran cosa su propia indispensabilidad. Un bracero boliviano que se uniese a las guerrillas le parecía igualmente importante. El mostró que lo único honesto es tomar un fusil y luchar.

Como quiera que plantemos la pregunta sobre su muerte, la respuesta permanece la misma; y ella es simple. Es una respuesta que apunta a nuestra derrota y a nuestra cobardía.

Sabemos que se polemiza con violencia sobre el problema de cómo debe conducirse la lucha revolucionaria en Latinoamérica. Sabemos, que allí los Comités Centrales de muchos Partidos Comunistas están en contra de la lucha de guerrillas. Son de la opinión de que los tiempos no están todavía maduros para ella. Postulan una táctica cuidadosa y diplomática; calculan que sería posible, mediante un trabajo paciente, politizar a las poblaciones campesinas desde las ciudades. Se entregan a una ilusión: la ilusión de la coexistencia pacífica. Como si fuera posible coexistir con explotadores armados hasta los dientes.

En la Habana, en la conferencia de OLAS, hemos sido testigos de esta polémica violenta. Sin embargo, también hemos visto que existe unidad sobre la irrenunciable exigencia del proletariado. La exigencia sobre la liberación definitiva. Desentendiéndose de las diversas posturas sobre la estrategia adecuada, la Declaración de la Habana se pronuncia en forma clara y rotunda por la Revolución.

Che Guevara y con él los jefes de guerrillas latinoamericanos consideran la acción directa e inmediata como el único camino posible. Saben que a su enemigo nada lo alcanza tan directamente como la lucha armada. Sólo la fuerza puede ayudar. Y ellos saben que es preciso recurrir a ella, aun cuando conduzca a derrotas y a

pérdidas dolorosas. Saben, asimismo, que cuando ellos caigan, habrá otros que ocupen sus puestos y que continúen la lucha.

Para esta gente no se trata de heroísmo, es una fría realidad, el pan diario de los hambrientos. Los jefes de partidos pueden planear cuanto quieran; en las montañas continúan reuniéndose guerrilleros para continuar la revolución dentro de la revolución. El así llamado "lenguaje de la razón" es impotente frente a estas acciones. Existe sólo una posibilidad: luchar en vez de morirse de hambre, en vez de vivir como un esclavo.

Cuba, Vietnam, Corea del Norte: tres países subdesarrollados han logrado formar aquello que el enemigo más odia: una sociedad socialista. El enemigo se ve ahora, a causa de su propio sistema, enfrentando a un imperativo. Debe destruir las bases de esa revolución, debe demostrar que su sistema es el más fuerte, debe probar que tiene la fuerza suficiente para extinguir estos audaces intentos de liberación. El único medio para ello es la guerra.

Pero, incluso si lograrse reducir Vietnam a cenizas (caso en el que debería agradecer su triunfo a nuestra desidia, a nuestra cobardía y a nuestra incapacidad de acción), aun entonces la guerra de liberación no tendría fin. Pues cuando el dicho enemigo habla de paz, es ésta en cada caso una palabra vacía. Pues sabemos que ninguna paz puede excluir del mundo las causas por los que éste ataca o debe atacar.

Nosotros que consideramos como nuestro legítimo derecho vivir en aquel de aquellos tres mundos que primero se nos venga a la cabeza, nosotros que aceptamos que nuestros políticos, nuestros hombres de negocios y nuestros sociólogos tracen una línea divisoria, de todo punto de vista justificada, entre el nuestro y aquel lejano tercer mundo, nosotros habremos todavía de ver cómo continúa esta lucha. Veremos pequeñas y acaso grandes guerras, primero acciones aisladas en el monte, en la cordillera y en la selva. Siempre se nos continuará insistiendo sobre la sinrazón y la mortal

inutilidad de todo aquello que hacen estos lejanos grupos de resistencia, cada día volveremos a leer en nuestros diarios sobre usurpaciones, acciones terroristas y desesperados actos de sabotaje en América Latina, en Africa y en Asia y siempre se nos repetirá que eso no nos toca directamente y nosotros nos sentiremos seguros en nuestro, este primero de los mundos.

Y precisamente aquí reside nuestra perfidia. Mientras no pongamos fin a esta repartición del mundo de santa apariéncia, mientras nos aferremos a aquello que tenemos, como si su posesión se entendiese de suyo, y se los neguemos a los de afuera, hasta entonces seremos copartícipes en cada muerte que se perpetre en la lejanía contra aquellos que hacen la guerra contra la injusticia.

Llamemos al mundo, por cuyo futuro cayó el Che, con su nombre justo. Llamémosle el primer mundo, pues él es más grande que cualquier otro. O llamémosle el mundo revolucionario, pues él es el que se agita con la Revolución. ¿Qué tiene a nosotros, europeos, que ofrecernos? ¿Superioridad técnica, poder económico, medios masivos de manipulación? Nuestro primer mundo es un mundo de primera clase y además con conciencia de clase, siendo como somos, repartimos limosnas y las llamamos ayudas para el desarrollo. Lo único que ayuda, lo único que nuestra civilización realmente podría dar, la idea de libertad, eso ya no lo exportamos con tanto gusto; y sin embargo se desarrolla esta idea poderosa y violenta en el mundo pobre.

Países subdesarrollados, así les llamamos. Esta es la terminología de los opresores. Estos países son más desarrollados que nosotros. Saqueados por el imperialismo y el colonialismo, estos países han desarrollado una idea que la mojaría de nosotros no nos atrevemos a pensar hasta sus últimas consecuencias: la idea de la Revolución. Estos países están más avanzados que nosotros; pues han decidido destruir un sistema de clases y terminar con la explotación del hombre.

Yo he visto en Vietnam cómo los campesinos, después de un ataque aéreo, reparaban diques y calles con lodo y piedras; yo los he visto hundidos en el fango hasta las rodillas, con las ropas traspasadas de barro y con grandes palas en las manos y frente a la pregunta, quién es el más altamente desarrollado, el superior, el más digno —la siguiente disyuntiva me apareció como decisiva— aquel acá abajo en el lodo, o aquel allá arriba con su sistema armamentista avaluado en millones.

Aquellos que continúan hoy día la guerra armada de Vietnam en otros frentes se les repite que son conjurados románticos, y que su insurrección es ajena al mundo. Faltarían los supuestos objetivos para cualquier triunfo. Esta murmuración es pequeña y empequeñecedora para el estado obrero de la Revolución de Octubre en el cual se ha expresado. Nueva, sin embargo, no lo es. Ya a mediados de la década del veinte la Internacional Comunista obligó a los revolucionarios chinos a deponer sus armas ante Chang Kai-shek. Diez mil revolucionarios fueron asesinados, Chiang Kai-shek fue hecho miembro honorario del Komintern. También entonces se habló de que los tiempos no estarían maduros, y nadie quiso creer en la tesis de que la Revolución se extendería desde el campo a la ciudad.

Precisamente porque Vietnam lucha solo, porque ningún voluntario de los países hermanos socialista lo ayuda; porque los trabajadores de los llamados países desarrollados contemplan, en tranquilo silencio, cómo son muertos los trabajadores y campesinos de Vietnam, porque ningún partido trabajador del mundo occidental viene en su ayuda con el arma más poderosa que poseen, la huelga general, fue que el Che Guevara partió a Bolivia y se unió a las guerrillas. Su tesis de que sería necesario crear dos, tres, muchos Vietnam, no fue la invención de un romántico sino el plan de un político real puesto en la necesidad de definir una estrategia para los imperativos de lucha contra el imperialismo americano.

Como apoyaba la Revolución en Latinoamérica, expresó su solidaridad con Vietnam. Y si es cierto que cayó como un hombre desilusionado bajo las balas de asesinos pagados, su desilusión no alcanza a la Revolución en Latinoamérica, que él nunca dio por perdida, sino a la indiferencia del mundo. La Revolución ha quedado, así como ha quedado Vietnam. También eso es una enseñanza de su muerte.

¿Qué podemos hacer? Nuestras acciones contra la guerra de agresión de Estados Unidos en Vietnam, nuestra protesta contra la poderosa intervención de Estados Unidos en Latinoamérica y en todas partes del mundo, doquiera que el capitalismo americano defiende sus posiciones, han alcanzado los límites de la protesta pacífica. La protesta ha ido en aumento, pero con ella la destrucción. Cientos de miles han recorrido las calles de las grandes ciudades y han manifestado su condena a la barbarie. No han detenido la barbarie. Debemos echar mano a otros medios. La oposición internacional se debe politizar. No tiene sentido condenar la guerra, porque abraza y asfixia a seres inocentes. No tiene sentido el protestar contra armas prohibidas por el derecho internacional, contra la tortura, contra la violación de acuerdos internacionales. Sabemos desde hace tiempo que la guerra contra el pueblo vietnamita ha sido desde el comienzo un crimen continuado contra la humanidad. Se trata ahora de caracterizar esta guerra así como todas las que vengan a continuación en Latinoamérica, Africa y en el Cercano Oriente como lo que realmente son: pillajes modernos y guerras de conquista con los gigantescos medios de la tecnología.

¿Qué podemos hacer? Debemos traer a nuestro lado, a aquellos a quienes afecta toda lucha de clases. Las clases trabajadoras. La guerra en Vietnam, como en Asia, América Latina y Africa es una lucha de clases. Es la guerra de los satisfechos contra los ham-

brientos. Es la lucha de aquellos que están poderosamente armados, contra aquellos cuyas armas son las manos desnudas.

Poco antes de su muerte dijo el Che Guevara: "La tierra que moje con mi sangre, es el único pedazo de tierra que me pertenece". ¿Qué quiso decir con esto? El sabía: que la tierra ya no te pertenece más cuando has muerto; pero sabía asimismo que la tierra tampoco te pertenece cuando no te juegas la vida. El peligro al que entregó, el riesgo que corrió, también éstos son los signos para todos aquellos que han de seguirlo.

¿Qué riesgo corremos nosotros? ¿Qué puede ocurrirnos si nos negamos a escuchar tergiversaciones, falsedades y mentiras, como las que vierten los medios de las clases dominantes diariamente sobre nosotros? ¿Qué arriesgan publicistas, escritores, obreros y funcionarios, si exigen que sea dicha la verdad, y si difunden esta verdad?

Somos optimistas. Creemos en la existencia de una fuerza congénita que faculta al hombre a liberarse de sus opresores. El día que hayamos logrado profundizar suficientemente nuestros conocimientos como para comprender que esta lucha también nos alcanza, que ella no se desarrolla sólo en regiones lejanas, sino también en nuestra propia sociedad; el día en que millones de trabajadores abandonen las fábricas y los talleres y sea exigido: Fin a la carnicería, este día será el principio del fin, del fin del imperialismo.